

AGENDA CIUDADANA

EL VALOR DE LA INEXPERIENCIA

Lorenzo Meyer

Hay ocasiones en que la inexperiencia puede ser una cualidad. Eso lo vio muy claro León Felipe, el poeta, y lo dijo así: "No sabiendo los oficios los haremos con respeto/ Para enterrar a los muertos/ como debemos/ cualquiera sirve, cualquiera...menos un sepulturero". Hay momentos en que para hacer política, buena política, cualquiera sirve, cualquiera... menos un político profesional.

Como se recordará, uno de los lemas del candidato presidencial del PRI en la campaña que acaba de concluir era: "él sabe como hacerlo" o algo parecido. Quien lo sugirió, suponía que el público mexicano podía valorar en mucho la experiencia política y burocrática de Ernesto Zedillo en lugares como FICORCA o las secretarías de Programación y Presupuesto y Educación Pública, por ejemplo. Pero -y ésta es una pregunta que encierra una hipótesis- ¿una larga experiencia dentro de la maquinaria gubernamental mexicana es algo que ayuda u obstaculiza a quien dice tener como tarea principal el construir el sistema de poder mexicano del siglo XXI: moderno, democrático, digno y justo?.

Yo propongo, como respuesta a la interrogante planteada, que aquí y ahora, hay muchos casos en que ser el poseedor de un *curriculum vitae* muy rico en actividades dentro de un gobierno que es el centro de un régimen de partido de Estado, puede y debe ser considerado como un impedimento insalvable para ciertas tareas importantes. Esa experiencia es un obstáculo, claro está,

no para los intereses personales y la carrera de quién ha acumulado ese tipo de historia de vida, sino para el interés general de un país subdesarrollado, polarizado y que carga con un lastre autoritario de siglos, y que se supone necesita llegar al XXI libre de una larga historia de corrupción y antidemocracia, para poder instalarse en la modernidad y en el Estado de derecho.

El problema que hoy enfrentamos en México es claro: quienes desde el gobierno y el partido de Estado se han educado en, y han absorbido las, formas dominantes de hacer política, son quizá los que menos sirven para conducirnos hacia un futuro colectivo donde se supere el atraso que padecemos en este campo. La actual élite política mexicana -los presidentes presente y futuro, los miembros del gabinete, los gobernadores, toda la bancada oficial en los congresos federal y local, el "Grupo Atlacomulco", etcétera- es poseedora de una sólida experiencia antidemocrática, patrimonialista y premoderna, que fue precisamente lo que le permitió llegar a los altos puestos administrativos y políticos que hoy acapara, pero que es justamente el tipo de experiencia que no debe continuar, pues es hoy el principal obstáculo para llevar a cabo tareas tan importantes y urgentes como desligar al partido dominante del gobierno. En estas condiciones, resulta pues muy difícil, por no decir imposible, que los que "saben como hacerlo" sean los arquitectos del tan prometido pero nunca materializado tránsito a la democracia.

Para encontrar un ejemplo que sirva de base a la afirmación anterior, no tenemos que ir muy lejos. Es suficiente con examinar la manera en que la semana pasada se ordenó a los futuros

miembros de la mayoría priísta en el Senado, Cámara de Diputados y Asamblea de Representantes del D.F., como deberían ejercer su "derecho a elegir" a sus futuros líderes. Teniendo como trasfondo el concepto zedillista de "la nueva cultura democrática" y el supuesto "compromiso inquebrantable" del candidato presidencial triunfador con la construcción de una relación respetuosa con el poder legislativo, la prensa nos descubrió un nuevo Mediterráneo: como se logró la unanimidad "a la soviética" entre los futuros legisladores para que aceptaran de inmediato como sus líderes, sin la menor discusión, a aquellos previamente designados por Ernesto Zedillo: José Francisco Ruiz Massieu, Fernando Ortíz Arana y Manuel Jiménez Guzmán. Cuando el reportero preguntó la razón de mantener la tradición pese a la promesa de cambio, uno de los futuros legisladores, que prefirió permanecer en el anonimato, respondió: "¿Tú crees que alguien le va a decir no a Zedillo?" (*La Jornada*, 14 de septiembre)

Y tenía razón el nuevo legislador: no se le puede decir que no al candidato presidencial victorioso por un motivo muy simple y obvio: esos diputados o senadores que serán, difícilmente lo hubieran sido si se atienen a sus propios méritos y popularidad. Si llegan a ocupar las curules que ya se les han prometido, será porque las ganó para ellos la gran maquinaria del partido-gobierno, y no por ser poseedores de bases sociales propias. Con la "experiencia" que tienen y la que se les acumule, los miembros del nuevo poder legislativo resultan ser los menos indicados para llevar a cabo la reforma política que el país necesita.

Ahora veamos un ejemplo contrario, uno que nos permita calibrar como se comportan en circunstancias críticas, personajes "sin experiencia", es decir, sin haber absorbido los antivalores propios de la política "a la mexicana". En un sistema autoritario, normalmente es difícil encontrar este tipo de ejemplos, pero afortunadamente las circunstancias especiales que vivimos a partir del 1° de enero han abierto varias posibilidades para los "no profesionales", para los que no cargan con el bagaje de experiencias típicas de los priístas. Uno de estos casos es el de los seis consejeros ciudadanos que la tercera reforma política del sexenio -impulsada por la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional- puso en el consejo general del Instituto Federal Electoral (IFE), y que son el grupo dominante en la cúpula de ese organismo.

Como sabemos, de los seis consejeros ciudadanos, cinco han hecho su carrera fuera del ámbito de la administración pública, y fue justamente por ese motivo que los partidos los propusieron, apoyaron o aceptaron en un momento particularmente delicado para el IFE y para el país. De esos cinco, uno es periodista -Miguel Angel Granados Chapa-, dos son profesores e investigadores de la UNAM -José Woldenberg y Ricardo Pozas-, y los otros dos son abogados reconocidos con sus respectivos despachos -Santiago Creel y José Agustín Pinchetti. Sin ser políticos, los consejeros ciudadanos han hecho política y de la buena -abiertamente y basada en principios. Recientemente tres de ellos, Granados Chapa, Ortiz Pinchetti y Santiago Creel, fueron protagonistas de algo que normalmente no ocurre en México: públicamente

disintieron de la línea adoptada por el secretario de Gobernación y presidente del consejo general del IFE, en un discurso del 12 de septiembre, donde el secretario defendió la limpieza del proceso electoral pese a que éste no ha concluido -el Tribunal Federal Electoral aún tiene que pronunciarse en relación a las muchas denuncias que le han sido presentadas-, y donde también desestimó calificándolas de absurdas y faltas de sustento, las objeciones del PRD al padrón y al proceso electoral mismo. Los tres consejeros, de manera muy mesurada pero enérgica, reprobaron públicamente lo dicho por el secretario de Gobernación por su falta de oportunidad tanto procesal como política, ya que el PRD acababa justamente de pronunciarse en favor de un diálogo nacional en relación a una nueva y necesaria reforma política. En un sistemas sin contrapesos que limiten al poder Ejecutivo, la acción de los tres consejeros ciudadanos es una innovación largamente esperada y extraordinariamente necesaria.

Otro ejemplo de buena política, independiente y al servicio del interés nacional, hecha por no profesionales en este quehacer, es la de los dirigentes y los miles de colaboradores de Alianza Cívica Observación 94. El lunes 19, esta organización no gubernamental a través de Sergio Aguayo, Rogelio Gómez, Enrique Calderón y Daniel Cazés, rindió su esperado informe sobre la calidad de la jornada electoral del 21 de agosto. El juicio de Alianza Cívica se basó en las 1,810 guías con 62 preguntas cada una, que llenaron otros tantos observadores voluntarios que estuvieron presentes a todo lo largo de la jornada en casillas seleccionadas previamente. El resultado es un documento muy

conciso -18 cuartillas- que contrasta con el discurso del secretario de Gobernación sobre el mismo tema (ver el documento en *La Jornada*, 20 de septiembre). según Alianza Cívica, la elección del 21 de agosto se caracterizó por un patrón de pequeños fraudes que si bien no pone en duda el resultado final en la elección presidencial, si influye en la correlación de fuerzas electorales entre los partidos a nivel nacional y distorsiona la representatividad del próximo congreso, "generando una imagen aparente de predominio del partido del gobierno". El mayor número de anomalías tuvo lugar en el México rural, y más en el sur, justo donde se concentran también la pobreza y la marginalidad.

Basándose en sus resultados estadísticos, Alianza Cívica concluye: "No se puede descalificar de golpe y en bloque toda la elección, pero tampoco se puede aceptar el triunfalismo que pretende hacer de ésta elección un ejemplo de transparencia y limpieza".

En resumen, una de las políticas más interesantes en los tiempos que corren, esta siendo hecha por no profesionales; por personas que, siguiendo la distinción establecida por Max Weber, viven más para la política que de ella. Los buenos resultados de la acción de los consejeros ciudadanos o de Alianza Cívica, son una mezcla de inteligencia, conocimiento, apego a los principios, pasión por la democracia... y falta de "experiencia" en el mundo de los políticos profesionales; un mundo dominado por una gran variedad de dinosaurios.

Vale la pena concluir como se empezó, con otra cita de León Felipe, otro elogio a la conducta de los no profesionales: "Un día todos sabemos/ hacer justicia. Tan bien como el rey hebreo/ la hizo Sancho el escudero/ y el villano Pedro Crespo". Un día, todos deberíamos poder hacer política, no sólo los profesionales. Seguro que no la haríamos peor y, casi seguramente, la haríamos mejor.